

LA LEALTAD.

PERIÓDICO MONÁRQUICO,

HOJA DE LOS LUNES.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Valencia, un mes, 8 rs.—Tres meses, 22.—Seis, 42.—En los demás puntos de la península: Tres meses, 28.—Seis, 54.—Un año, 104.—Extranjero: Tres meses, 12 francos.—Seis, 23.—Un año, 44. Los pagos se harán adelantados por medio de sellos de correo, libranzas ó letras de fácil cobro.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Valencia, en la Administración del periódico, calle de Embou, número 6, cuarto principal; y en las librerías de Badal, plaza de la Catedral; Martí, calle de Zaragoza; y en la de Villalba, calle de la Bolsería, donde se admiten anuncios y esquelas mortuorias á precios convencionales. Toda la correspondencia se dirigirá al señor Director de LA LEALTAD.

EL CRISTIANO.

Diógenes buscaba un hombre por las calles de Atenas y cosa rara en medio de aquella ciudad, madre de Pericles, de Sócrates, de Aristides, de Platon, no pudo encontrarlo. Acaso su soberbia cínica inspiraba al filósofo el deseo de esta investigación: pero en el fondo no es menos positivo que en medio de la sociedad pagana era posible, si, encontrar la sombra, el vestigio, el aspecto exterior del hombre, como se advierte al alzar suntuoso en presencia de vastas ruinas; pero el hombre moral, el hombre adornado con la exquisita belleza de la virtud, el hombre engrandecido en su inteligencia hasta el punto de concebir las altas verdades, fuerte con aquella libertad que rechaza el vicio, aunque este se presente coronado con diadema de oro, y se adhiere al bien, aunque no reciba otro premio que el desprecio y acaso la muerte, grande con la grandeza que nace del sacrificio heroico y de la abnegación sublime; el hombre puro, casto, humilde, compasivo, que olvida la injuria y ama al enemigo y se detiene ante el crimen, no por temor de los juicios humanos, sino por amor á los mandatos divinos, el hombre, digo, así delineado, era imposible que existiera en medio de las sociedades idólatras.

Ello es in la fable; existen dos guías, dos principios que regulan y presiden todos nuestros actos morales; la ley que impone un deber, el ejemplo que enseña el modo de obedecer la ley. Pero no siendo otra cosa que la expresión de las perfecciones divinas como quiera que lo sea de la verdad que Dios infinitamente conoce y del bien que infinitamente quiere, resulta que en ella Dios le propone la razón especial y la norma práctica de sus actos, enseñándole á vislumbrar por medio de ella dichas perfecciones y á imitarlas despues de dichosas.

Nuestro Señor mismo nos ha mostrado de qué modo Dios es el principio de la Ley y el ejemplo de la vida con estas palabras: *Estote perfecti sicut Pater vester celestis perfectus est.*—«Sed perfectos»,—hè aquí la ley; «Sed como vuestro Padre que está en los cielos;»—y en esta segunda parte está el complemento, la significación de la ley, esto es, el modelo, el ejemplo.

De donde resultan las siguientes consecuencias: que cuando la idea de las perfecciones divinas es vaga é incompleta, la ley moral, expresión de ellas, se oscurece en la conciencia del hombre, quedando este tanto más imperfecto, cuanto más oscuro sea su conocimiento;—que siendo Dios infinita verdad, bien sumo y eterna é inefable belleza, el hombre no puede alcanzar estas cualidades en el grado finito que le corresponde, sino uniéndose íntimamente á él por el amor;—y finalmente, que separado de él por el error, por el pecado y por la fealdad nativa de uno y otro, no puede menos de ser una criatura privada de su hermosura primitiva y de la perfección de su naturaleza: no puede menos de ser, según la profunda frase de Bossuet, una gran ruina.

Hè aquí, pues, lo que el hombre era en el mundo antiguo: una gran ruina. La ley, perdida ya la revelación primaria, era oscura, vaga é incompleta: la Divinidad, muerta ya la tradición en los corazones, no era más que el tipo de las pasiones y liviandades humanas.

Perdida, pues, la noción del Dios vivo, personal, eterno, y olvidada su existencia individual é infinita, quedó, sin embargo, cierta idea vaga de los atributos divinos. Se desconocía al Dios verdadero, que existe con ser independiente y absoluto; pero se vislumbraba el conjunto de los atributos que debían aplicarse. En una palabra, la idea de las perfecciones divinas existía, pero se ignoraba el Dios que poseyera semejantes perfecciones. De aquí la vacilación que se nota en los sistemas religiosos del paganismo, y como consecuencia forzosa de ello, la multiplicidad de dioses. Júpiter no siempre empuja el cetro del Olimpo, ni Saturno ejerce siempre la supremacía como tronco de la familia divina; á veces ellos y todos los demás dioses tienen que doblar la frente ante la fuerza ciega y brutal, pero superior, del destino.

Habia, pues, en todos esos sistemas un Dios más poderoso que los demás, que representaba, digámoslo así, la idea primitiva, aunque oscurecida é incompleta, conservada por la tradición; pero no siendo esta parte el ser inmortal, atributo reconocido siempre á la Divinidad, el cielo tenía que llenarse de dioses, los cuales, gozando de la inmortalidad, caerían de la omnipotencia y providencia infinita.

Negándose, pues, á Dios este poder y absoluta providencia, no podía admitirse que estuviera é imperara á la vez sobre diversos sitios, ni poder proveer á todas las necesidades humanas. Fue preciso entonces poblar todos los lugares con divinidades secundarias que ejercieran esos deberes inferiores. Desde este instante el dios inferior vestía de la tradición muerta, y procuraba imitar el ejemplo de la Divinidad, y como ésta, se ocupaba de la justicia y de la ley, y como ésta, se ocupaba de la justicia y de la ley, y como ésta, se ocupaba de la justicia y de la ley.

Y como entre la culpa y la gracia, entre la razón y la fe media la misma distancia que entre la nada y el ser, y entre la criatura y Dios, es decir, una distancia infinita, era preciso que fuera omnipotente el ser que uniera en sí esas dos representaciones infinitamente distintas. Por su omnipotencia, había de ser necesariamente Dios, por su representación hombre, y de tal manera con union tan íntima y misteriosa entre la naturaleza divina y humana, que fuera á la vez Dios y hombre. De este modo siendo lo segundo podía descender al abismo profundísimo de la miseria, donde hundido estaba el hombre; y siendo lo primero, podía elevarse hasta las alturas inexpugnables donde solo Dios habita. Como hombre, podía acumular, mediante su poder divino, sobre su ser humano, todas las culpas de que solo era responsable el hombre; como Dios, podía soportar en su humana naturaleza todo el peso de las culpas, porque eran infinitas; pues aunque estas, como acciones humanas eran finitas y por lo tanto redimibles, como actos de rebelion contra Dios, eran finitas

estímulo de todas las pasiones divinizadas, desde los arrebatos de la ira, hasta las injusticias de la ambición, desde los furores de la venganza hasta los vergonzosos ejemplos de la liviandad.

Y el hombre, no pudiendo dudar que aquello fuera esencialmente bueno, puesto que los dioses lo practicaban, convirtió el ejemplo en ley moral, y dedujo como lógica consecuencia que todas las maldades, todos los crímenes podían y debían justificarse con el ejemplo de aquellos.

Es evidente, pues, que el hombre, tal como salió de las manos de Dios, tal como Dios quiso que fuera, tal como siempre debió ser, si no pecara, no existía en la sociedad antigua. Quedaba de él la sombra, el vestigio, la ruina. A veces una mirada compasiva de Dios rasgaba la oscuridad profunda, y su tenue claridad, llegando á la tierra, le hacía ver su prostracion y evilecimiento; y reanimaba cierta vaga esperanza perdida allá en lo profundo de las tinieblas de la inteligencia; pero ántes y despues todo era confusión y duda. Y el hombre ha nacido para afirmar y conocer la verdad y para amarla con amor inefable, y vivir embargado en los dulcísimos detalles que ella brinda al alma. Cuando un hombre, cuando un pueblo, cuando una generación no siente ese delecto purísimo, cuando no palpita de entusiasmo y amor por ella, cuando no se deja arrebatar por su espléndida hermosura, ¡ah! decid entonces que ese hombre, ese pueblo, esa generación están muertos; decid que son un cadáver que se mueve y siente los estímulos de su carne, pero que no vive ni arde en deseos de conocer la infinita belleza del órden sobrenatural. Porque, en resumen, ¿qué es el hombre? Un pedazo de materia animado por un espíritu inmortal. ¿Qué es el espíritu? Un ser que vive de la verdad, del bien, de la belleza moral, y que desfallece y muere si le falta este sustento divino. ¿Qué es, pues, el hombre privado de la verdad, del bien, de la belleza, sino un ser mutilado, incompleto, colocado al nivel del animal despreciable y arrojado de la excelsa categoría que le corresponde? ¿Qué es más que un cadáver, una ruina?

Ruina, si, y de tal modo, que perdido ya el primitivo plan del edificio, no fue posible reconstruirlo, ni la ciencia humana pudo hacer otra cosa que confesar su impotencia. Buscose al hombre, pero no ya como Diógenes por las calles de Atenas, sino por todos los ámbitos del universo; viéronse esclavos que arrastraban pesadas cadenas; tiranos que dominaban sobre rebaños de miserables, siendo ellos siervos de sus propias pasiones; seres estúpidos prostrados ante ídolos que fabricaron sus manos; pueblos en masa adorando de hinojos como Dios á un conquistador cubierto de crímenes y sangre; padres desnaturalizados exponiendo á sus hijos en los sitios públicos como animales inmundos; esposas adúlteras, hijos impíos, hermanos crueles y libertinos, cuyas pasiones ni siquiera se detenían ante las barreras naturales de la sangre; concursos nefandos y monstruosos; sacrificios horribles; juegos sangrientos; sed de placeres; y esto en Atenas, en Roma, en Oriente, en Occidente, en medio de la refinada cultura de una civilización espléndida cantada por los poetas, celebrada por filósofos é historiadores, y propuesta á la admiración del mundo, como el mas jigantesco esfuerzo hecho por la inteligencia y el poder humanos. He aquí, pues, lo que se encontraba; pero el hombre, el verdadero hombre, si se hallaba, ni era posible hallarlo. A veces se oía el nombre de un Sócrates, de un Aristides, de un Catón, de un Trajano, de un Tito, y cuando se esperaba ver en ellos el mas acabado modelo, la mas pura expresión de las virtudes humanas, de pronto la sombra de vergonzosos vicios ó de una degradación incomprensible venía á cubrir de oprobio eterno su memoria.

Pero he aquí que de repente, en oscuro rincón de la tierra, se oye la voz de un juez, injusto y venal, si, mas que por una súbita inspiración se levanta en medio de muchedumbre enfurecida y clama: «¡Ved ahí al hombre!» y á la vez señala, expuesto á la irrisión y los ultrajes, un ser que apenas conserva la figura humana; pálido, sangriento, ceñida la frente, antes hermosísima, con espinas crueles, y cubierto su cuerpo purísimo y delicado con un pedazo de púrpura. ¡El hombre! Aquellas palabras eran la proclamación solemne de dos grandes misterios, que un vilagro de amor iba á revelar á la tierra, el de la culpa humana y el de la expiación divina; el pecado de la criatura en toda su baja y fealdad, y el sacrificio de su Criador en toda su inenarrable alteza y su hermosura sublime. Ellas querían decir que allí estaba el tipo del hombre, enfermo, abyecto, pechado, tal cual lo había hecho la culpa; y el hombre grande y superior á la muerte tal cual lo había de hacer la gracia; el hombre como había sido por la rebelión de su razón, y según iba á ser por la fusión á la fe.

Y como entre la culpa y la gracia, entre la razón y la fe media la misma distancia que entre la nada y el ser, y entre la criatura y Dios, es decir, una distancia infinita, era preciso que fuera omnipotente el ser que uniera en sí esas dos representaciones infinitamente distintas. Por su omnipotencia, había de ser necesariamente Dios, por su representación hombre, y de tal manera con union tan íntima y misteriosa entre la naturaleza divina y humana, que fuera á la vez Dios y hombre. De este modo siendo lo segundo podía descender al abismo profundísimo de la miseria, donde hundido estaba el hombre; y siendo lo primero, podía elevarse hasta las alturas inexpugnables donde solo Dios habita. Como hombre, podía acumular, mediante su poder divino, sobre su ser humano, todas las culpas de que solo era responsable el hombre; como Dios, podía soportar en su humana naturaleza todo el peso de las culpas, porque eran infinitas; pues aunque estas, como acciones humanas eran finitas y por lo tanto redimibles, como actos de rebelion contra Dios, eran finitas

y por lo tanto irredimibles por el hombre; de donde resulta, que este se hallaba condena ó por las consecuencias de su crimen á ser constantemente redimible, y á no poderse redimir jamás. Dada esta situación, no cabían mas que dos términos: ó que el hombre se hiciera Dios para redimirse, ó que Dios se hiciera hombre para redimirle: lo primero quiso hacerlo el hombre, y no pudo, porque la sombra no puede tornarse en luz: lo segundo, quiso Dios hacerlo y lo hizo, porque la luz puede eclipsarse entre la sombra por un misterio infinito de amor.

(Se continuará.)

A MARIA
EN SU INMACULADA CONCEPCION
Patrona de la Juventud Católica de España.

(Poesía premiada con la Azucena de plata en el Certamen verificado en Lérida el 16 de octubre último, y leída por su autor en la solemne sesión celebrada anoche por la Academia de la Juventud Católica de Valencia.)

Acc. gratia plena.

Canta conmigo, Juventud hispana, canta á la Virgen Pura, que al soursado albor de la mañana, y al sol y al ángel vence en hermosa-ura. Canta conmigo á tu inmortal Patrona, que, sostenida por la eterna mano, supo triunfar del infernal tirano, y á sus sienes ceñir áurea corona.

Entre la víd descendir del firmamento el radiante coros, leda surcando la region del viento, al arrullo de cánticos sonoros, la víd, y rugiendo con fiera impía, lanzóse á inocularle su veneno: mas al punto sintió su frente rota por la virginea planta de María, y huyó al abismo, de ignominia lleno, á llorar su impotencia y su derrota.

¿Qué cúmulo de dones ella ostentó! los mundos se asombraron al vislumbrar sus altas perfecciones, y palpitaron en dulces emociones, el corazón los hombres ensancharon.

Cual tras invierno helado, vistosa al asomar la primavera, el antes yermo prado con potente vigor se regenera; así natura, que lloró perdida la pristina grandeza y hermosura al ver de pompa y magestad vestida la misteriosa Estrella de ventura, sintióse renacer á nueva vida; su seno, que la culpa inlacionaba, percibió una corriente misteriosa que su ser trasformaba, y conoció llegar la era dichosa, en que una Virgen de inefable encanto darnos debía al Dios tres veces Santo.

Aun el himno resuena que entre asombro y placer, alzó natura:

«¡Salve, privilegiada criatura, Virgen de gracia llenal! llena de gracia, desde el alto cielo Dios te pregona alborozando al mundo: llena de gracia, te proclama el suelo con voz que espanta al Tartaro profundo; y el monte erguido y la campestre alfombra, la nube, el río, el mar, la flor y el prado, la luz del día y la nocturna sombra, llevan escrito un signo que te nombra, concebida sin mancha de pecado. De original candor alto lucero, tú al cielo y á la tierra maravillas y de tu ser en el albor primero, Inmaculada, Inmaculada brillas. Pastados de tu gloria, saludando los hombres de rodillas, tu pureza loando y tu victoria; saludando los ángeles, que saben los dones que te dió el Omnipotente; y su infinito amor ellos alaban, porque al nacer de este refugio, te eleva hasta su trono resplandeciente, y dando á tu belleza tierna mirada con diadema real cine tu frente.»

Dios para sí la quiso: ¿Cómo de encantos mil no llenaría á la tierra, el de la culpa humana y el de la expiación divina; el pecado de la criatura en toda su baja y fealdad, y el sacrificio de su Criador en toda su inenarrable alteza y su hermosura sublime. Ellas querían decir que allí estaba el tipo del hombre, enfermo, abyecto, pechado, tal cual lo había hecho la culpa; y el hombre grande y superior á la muerte tal cual lo había de hacer la gracia; el hombre como había sido por la rebelión de su razón, y según iba á ser por la fusión á la fe.

Lirio sagrado, cuyo cáliz puro vierte doquiera mística fragancia; ciudad de Dios, que de su fuerte muro rechazó del averno la arrogancia; nido cielo, do el pincel divino fingió del iris los colores bellos, y donde el Dios, que hasta su seno vino, de su eterna bellid grabó destellos; fuerza será que su grandeza eieve sobre las ruinas del culpado mundo, sin que descubra en ella la mas leve sombra de hábito inmundo del Altísimo ó ojo penetrante... ¡oh María! Rasgáranse los velos que me ocultan el trono del diamante, donde brillas expleúdida en los cielos, y á no cegarme el sol de tu grandeza, decir pudiera en armoniosos cantos, la magestad, la gloria, la Pureza con que exaltas á ángeles y santos. ¡Triste de mí, que á tu alto firmamento pensé elevar un cántico sonoro!

¿Quién de tu gracia el divinal tesoro decir podrá con inspirado acento? no los querubes con sus arpas de oro, solo Dios puede revelarlo al mundo; porque El tan solo sabe lo que dar quiso con su amor profundo, lo que El solo y en su Madre cabe.

Yo, Virgen de clemencia, que alzo mi canto en desacordes notas, sé que debo callar, y en mi impotencia, ofrecerte no mas, como despojos, de mi pobre laud las cuerdas rotas y el amoroso llanto de mis ojos. La débil voz que á modular no acierto, pierdes confundida en el grandioso universal concierto, que al crearte sin mancha concebida, los siglos te elevaron, cuando á tus plantas bellas rota la inmundada sierpe contemplaron, y las claras simbólicas estrellas que tu nevada frente coronaron desde el momento que de Dios hubiste de la Pureza el singular tesoro, y á la asombrada tierra apareciste de luz vestida y de triunfal decoro.

Tú, Juventud Católica, á quien llena su victoria de fervido entusiasmo, ven, y en su altar ofrece la azucena, emblema de candor y de hermosura. Ven, y sin miedo al mundanal sarcasmo, siempre tu ejemplo sea justo reproche á un mundo sin ventura, que en el error y en la impiedad farsa.

Vosotros fuisteis, jóvenes hispanos, los que al servicio puestos de María, cual fieles cortesanos, cabe su augusto trono os agrupásteis. Vosotros, los que viendo á la heregia osada levantar la frente impía, su Inmaculada Concepcion jurásteis. Vosotros, los que al aire desplegando los bellicos pendones y con su santa imagen escuchando los nobles corazones, por la patria y la fe lidiásteis fieles, y llenásteis á España de blasones, y el altar de María de laureles. Y con portentos mil, y mil hazañas que fueron alto asombro á las naciones, y con favores que os prestó del cielo la Patrona inmortal de las Españas, afirmásteis su culto en nuestro suelo; y allá en tierras extrañas, cruzando por su amor los anchos mares, ó penetrando en bosques seculares, doquier soñásteis triunfos por su gloria, unido al nombre de la patria amada, proclamásteis en himnos de victoria el nombre de María Inmaculada.

Hijos de aquellos sois; como ellos fieles, sus glorias emulad y sus laureles: que aun puedes hoy con tu ardimiento y brío, lozana juventud, salvar el mundo; aun puedes oponer un dique fuerte al desbordado río, do la licencia arrastra en cauce inmundo turbulento aluvion de ruina y muerte. Di á los que ahullan célicos amores, di á los que buscan alegrías santas, ó calmar sus dolores con el bálsamo puro del consuelo, que de María á las benditas plantas puedes llevarlos con amante anhelo; y que si rompen afrentosos lazos y á sus aras se postran reverentes, los tomará la Virgen en sus brazos, gozarán de sus placidas caricias, y sus gozosas frentes mostrarán vencedoras y esplendentes de sus almas las íntimas delicias.

Aun puedes, Juventud, llenar de bienes á un mundo á la fe muerto, que en tus preclaras Academias tienes á nobles lirios el paleque abierto. Lucha es la vida, y el combate rudo, la ciencia y la virtud sean tu escudo, tu espada la oración, la fe tu guía, y espejo donde mires tus acciones la original Pureza de María. Y cuando estalle horrióna tormenta que conturbe y desquicie las naciones, y vacilar, deshechos, los cimientos de la presente edad tu planta sienta; alzate entonces tú, loaza á los vientos el nombre de tu Reina Inmaculada, proclama de su amor las dulces leyes, invoque su poder pueblos y reyes, y á la luz de la mágica mirada que dará al mundo la inmortal Señora, calmarán las humanas tempestades su furia asoladora, y lucirán auroras de bonanza, por las tiernas bondades de la que es dulce amor y alta esperanza de todas las edades.

José Peris y Pascual, pbro.

LA FRANCMASONERIA.

REVELACIONES DE N. ROSA-CRUZ (1).

Traducción de J. C. A.

La importancia de los estudios que vamos á publicar es tanto mayor, cuanto que se refiere á nuestra situación política, religiosa y social. La Francia lucha á brazo partido con la revolución, obra de la francmasonería. Si pues queremos conocer lo que el radicalismo nos prepara, fuerza es que examinemos minuciosamente, ante todo, cuáles fueron y son las doctrinas de la secta masónica. Queriendo cortar de raíz toda polémica, nos hemos limitado en las dos primeras partes de este opúsculo á recoger y agrupar las confesiones de los mismos sectarios; la tercera es obra de un sugeto por largo tiempo mezclado en las

(1) Grado masónico. Nota del traductor.

disolventes intrigas de las lógiás, así que, su testimonio entraña en esta ocasion especial autoridad.

«Mis revelaciones, me escribía hace pocos dias, irritarán á la secta, ya que son la fiel expresión de la verdad; pero sea lo que fuere, no vacilaré en asegurar la certeza, desafiando á las lógiás que se sinceren de las acusaciones que les dirijo.» Despues añade: «No hablo de la plebe masónica, pues carece de autoridad en la cuestion que nos ocupa; crear sin pruebas, obedecer ciegamente, y si es necesario comprometerse erigiéndose en instrumento pasivo del misterioso poder que la dirige, hé aquí el degradante papel á que está condenada á representar.» La francmasonería es una sociedad secreta, que ataca todo principio religioso, que trabaja sin descanso en socavar sordamente las bases sobre las cuales se asienta la sociedad, y prescinde del patriotismo, no vacilando nunca en sacrificar su país á sus pasiones.

Hoy dia especialmente, y aconsejada únicamente de su fanatismo, no omite medio alguno para rebajar á la Francia, entregándola atada de pies y manos á los jefes de la masonería prusiana; de Berlin les llega hace algunos años la luz. Hé aquí en breves frases algunas verdades que los autores de este folleto se han propuesto manifestar. ¿Cómo, sin embargo, en presencia de tales hechos, se niega el gobierno á toda repulsa? ¿Existirá en las regiones del Poder una misteriosa influencia, capaz de paralizar el brazo de la justicia? Quizás.

Pues bien: retáñense los hombres de órden, los que creen en algo y no quieren que la sociedad se derrumbe bajo los continuos esfuerzos de la secta, y reclamen enérgicamente la suprestion de la masonería.

Estado de la cuestion.

La mayoría de los sucesos realizados en el mundo, desde los últimos años del reinado de Luis XV, y de los que en este momento somos apesados testigos, solo se explican satisfactoriamente merced á la incansable accion de las sociedades secretas, lo cual trataremos de probar.

Queriendo, sin embargo, proceder con escrupulosa imparcialidad, nos ceñiremos á apelar al testimonio de los escritores autorizados de la secta, y solo cuando sus afirmaciones no recibieran mérito alguno, por lo cual las cuestiones que nos incumben resolver, son las siguientes:

- 1.ª Ocupase la francmasonería de Religion?
- 2.ª ¿Tiene la francmasonería un objeto á la vez político y social?
- 3.ª ¿Qué hechos pueden imputarse á la francmasonería, antes y durante la primera revolución francesa, bajo el Imperio, bajo la Restauracion, en 1830, en 1848, y desde esta época hasta nuestros dias?

Aquellos lectores que quieran prestarnos alguna atencion, no tardaran en ver que la francmasonería no es tan inocente como se la supone, y podrán apreciar una vez más la sabiduría de la Iglesia, que desde el principio supo averiguar exactamente las tendencias de esa vasta asociacion, denunciándolas á la vigilancia de los poderes constituidos.

Antes, empero, que abordemos los diferentes puntos indicados, recordaremos someramente las fuentes de la francmasonería, las cuales son tan oscuras, que los iniciados mismos no se hallan acordados sobre el particular: nuestra tarea será por lo tanto la de un sencillo narrador.

NOCIONES PRELIMINARES.

La francmasonería antes de la revolucion de 1783.

La primera sociedad masónica establecida en Francia, no data mas allá de 1725, y solo en esta época Derwent-Vaters fundó una logia en Paris, la cual en poco tiempo reunió mas de seiscientos individuos. Aumentando siempre el número de francmasones, no tardaron en crearse nuevas lógiás, y despues de Derwent-Vaters, Lord Harvister fué Gran Maestro, sucediéndole el Duque de Autin en 1738.

La masonería puede dividirse en tres clases: hermética, cabalística y eclectica, distinguiéndose cada una de estas ramas por un credo especial, aunque el objeto sea idéntico.

La doctrina de los masones herméticos está encerrada completamente en este párrafo de Hermes-Trismegista:

«Todo es parte de Dios; y si todo es parte, todo es Dios. Así, pues, todo lo que es, se hace á sí mismo, y no cesará nunca de obrar, pues este agente no puede entregarse al reposo; y como Dios no tiene fin, de la misma manera su obra no tiene principio ni fin: es el pantecismo con todas sus consecuencias religiosas y sociales.»

Los masones cabalísticos han tomado de Manés su buen y su mal principio, rodeados ambos de buenos y malos genios, que habitan en los planetas, ejerciendo desde allí sobre los hombres un influjo adecuado á su naturaleza: los masones Rosa-Cruz y los Martiáistas pertenecen generalmente á la masonería de la cabala.

Los francmasones eclecticos, son los que, despues de haber pasado por todos los grados, no se inclinan á ningún sistema religioso, sino que fantasean una creencia especial, compuesta de diferentes errores sacados de aquí y de allí, y reunidos en un Código de doctrinas.

Habiendo sido iniciado el Principe de Conti, conñósele el título de Gran Maestro, para sustituirse á la cédula de Luis XV, el cual no veia con gusto esas peligrosas novedades: su papel, sin embargo, se redujo al de para-aidas, único que los masones podian concederle sin imprudencia.

Entre los sofistas que primero entraron en las lógiás, debemos citar á Condorcet, Laizade, Menou, Lafayette, Chapellier, Mirabeau, Dupui, Banneville, Volney, Fouchet, Bailly, Guillotin, Sieyès, etc.

La aristocracia, merced á no sé qué fatal ceguera, se dejó llevar de esta nueva corriente, y los pobres vástagos de la antigua y caballe-

